



Lith. Aron, n. St. Honoré 67

JERUSALEM

CAPÍTULO XIV.

Aspecto de Jerusalem. — Entrada. — Interior de la ciudad. — Monte Sion. — No quedará piedra sobre piedra. — Los Judíos. — Monte Moriah. — Barrio de los musulmanes. — Barrio de los cristianos. — Ruinas y recuerdos de todas las edades. — Su población actual. — Patriarca latino. — Seminario. — Los Padres de la Tierra Santa. — Sus misiones y sus conventos. — Hospicios de peregrinos. — Protestantes hospedados. — Recursos con que cuentan. — Chateaubriand, Volney y Lamartine. — Hermanas de la caridad. — Convento griego. — Monjes armenios. — Un monasterio cofto. — Tradicion. — Los Sirios.

Dos horas habia caminado dejando atras las montañas de Judá: Jerusalem no podia estar distante, y mi corazon bien me lo decia. Las lomas se sucedian no obstante unas á otras, y la ciudad santa parecia ocultarse, tras de cada una, de los ojos siempre fijos en el rumbo donde esperaban verla. El sol iba á esconder sus postreros resplandores, un viento abrasador venido de la Arabia traía consigo nubes de arena, ningun ser viviente se movia en la vasta extension que alcanzaba á percibir mi vista, y el silencio mas profundo no era interrumpido sino de vez en cuando por la furia de aquel elemento, detenido en los estrechos valles de Josafat y Siloé. Un cuadro sombrío presentaba la patria de los profetas, y en medio de él ví los muros de Sion, levantados sobre un suelo cubierto de peñascos y rodeado de montes blanquecinos. ¡Qué aspecto tan terrible ofrece la ciudad santa! Jamas olvidaré la impresion que me causó. He visto en Asia ciudades desiertas, cuyas ruinas solitarias cubren espesos bosques, he visto guarecerse las fieras bajo las bóvedas que fueron morada de soberanos, y he visto trasformadas en de-

sierios ciudades populosas que redujeron á polvo los terremotos; pero el imponente aspecto que ofrecen todas aquellas ruinas, nada comun tiene con el de Jerusalem. Posee esta la triste fisonomía del dolor, unido á las sombras impenetrables del misterio.

Entré en Jerusalem por la puerta de S. Estéban: antiguamente exigía la guardia un tributo á todos los viajeros; mas hoy no subsiste para los Europeos la ley que así lo disponia, con humillacion de los cristianos que vienen á buscar los vestigios de su Dios para adorarlos.

Contemplando el interior de Jerusalem se conoce hasta dónde llega el colmo de su desgracia. Edificada sobre las colinas de Sion, Moriah y Acra, se conserva, aunque reducida, en los mismos lugares que ocupó desde su origen. En nuestros dias, un gran número de literatos han demostrado evidentemente esta verdad, estudiando la topografía de la antigua Jerusalem (1). Sus calles son estrechas, lóbregas y sumamente disparejas, muchas están cubiertas de inmundicias que apestan, otras embarazadas por montones de escombros, y algunas cortadas por edificios levantados con permiso de una autoridad de quien todo pueden conseguir las dádivas y el favor. Ninguna clase de policía se encuentra para reprimir en ellas los abusos de unos, ni para proteger á los otros: el *cavas* ó porra que llevan los dragomanes de los cónsules ó de las autoridades y la bayoneta de los soldados, es el único poder que se deja sentir en aquellos sombríos callejones. Ellos maltratarán á quienes no les ofenden, abusando de ese poder que el baston que tienen en sus manos les concede en la imaginacion de hombres idiotas; la verdadera autoridad, el poder legítimo nada hará, ni nada dirá para refrenar tales excesos. En esta ciudad no hay tráfico, ni industria de ninguna clase, los hombres parecen

(1) Véase á Schubert, Linz, Kieppert, Schultz, todos protestantes y miembros de las Academias científicas mas célebres de Lóndres y Berlin.

muerdos como los monumentos, no hay mas que ruinas y sepulcros, y sus habitantes, pobrísimos casi todos, se pasean silenciosos sobre el polvo de los monumentos que elevaron al pasar sin número de generaciones.

Subid al monte Sion, revolved su polvo, buscad la ciudad de David, el palacio de Heródes y tantas otras grandiosas construcciones que le dieron celebridad; ni vestigio hallaréis alguno: el lugar de la primera lo ocupa una fortaleza (1), la mas considerable de la poblacion; y sobre los cimientos del segundo vereis levantado un templo anglo-prusiano. Quiero repetir una reflexion que hacia un juicioso protestante visitando este lugar: « El palacio de Heródes con todos los edificios de Agripa, con las cisternas y los jardines que lo circundaron, ha desaparecido enteramente; un solo testigo ocular ha hecho mencion de él, y es Josefo, historiador judío. Ningun peregrino pregunta al pasar dónde estaban aquellas salas magníficas en que cien convidados comian con Heródes; mas hasta el último de los venidos en los tiempos presentes pregunta con ardor tierno, cuál es el lugar donde Jesus comió con sus discípulos el Cordero pascual y celebró con ellos la santa Cena (2). » La casa de María, madre de Juan Márcos, en el monte Sion está ocupada por un convento de Sirios. Los monjes armenios disidentes poseen gran parte del mismo monte, y en su grandioso convento muestran el lugar donde Heródes mandó cortar la cabeza á Santiago el Mayor; « la España, que tanto veneró á su Apóstol, hizo allí construir una hermosa iglesia; pero los Españoles fueron arrojados de ella por los Armenios (3). » Fuera de los muros de la ciudad poseen estos mismos otro monasterio sobre el sitio de la casa de Caifas, y bajando un poco al Sur, se encuentra el antiguo de Franciscanos, edificado sobre el Cenáculo, donde los misterios mas

(1) El Kal'ah.

(2) *Reise in das Morgenland*, tom. II. (Dr Van Schubert.)

(3) *Les Saints Lieux*, tom. II. (Mislin.)

profundos y adorables del cristianismo sucedieron la víspera de la muerte de Jesucristo, donde tantas veces habló este á sus discípulos despues de resucitado, y donde descendió sobre ellos el Espíritu Paráclito que les habia prometido. Mas este convento no existe desde el año de 1564: su posesion habia sido asegurada por los sultanes en firmanes repetidos; pero esto no impidió que se les arrojase de allí, bajo pretexto que el monte Sion era un lugar fuerte, y los Francos no debian ocuparlo. El Cenáculo fué convertido en mezquita, y los derswiches tomaron posesion del claustro de los religiosos. La primera catedral cristiana que existió en Jerusalem estuvo edificada en el monte Sion, y en su recinto descansaron las cenizas de los confesores ilustres de Jesucristo: Estéban, Gamaliel, Nicodémus y Abibon. Cerca de la puerta de Sion se ve el *barrio de los Leprosos*, y en él en cabañas miserables viven los plagados de esa sucia enfermedad.

Los Judíos habitan un barrio entre el monte Sion y el sitio de su antiguo templo, ciertamente muy reducido para su número, que algunos hacen subir á mas de siete mil (G). Mas de todos estos ninguno ha nacido en Jerusalem, sino que viene su mayor parte de la Europa para adorar á Dios junto á las ruinas de su templo, y tener sepultura en el valle de Josafat. « Esperan todavía al Mesías, que no volverá á venir sino para juzgarles, rompiéndoles el velo que vemos extendido sobre su corazon (1). »

Alguno quiso ver en la opresion de los cristianos el origen de los males que afligen á los Judíos (2); pero sabido es que no fueron los cristianos los que les pasaron á cuchillo despues de arrasarles su hermosa capital, sin dejar de ella piedra sobre piedra, ni tampoco fueron los cristianos quienes los diseminaron por toda la tierra. Hoy mismo no son cristianos los que gobiernan en Jerusalem, y no obstante les vemos ar-

(1) Carta II á los de Corinto.

(2) *Voyage en Syrie.* (Volney.)

rastrando la misma degradacion y la misma miseria que en todas partes donde viven reunidos. Una sinagoga se eleva en el centro de este barrio, y su estado ruinoso y sucio está muy en armonía con el de los creyentes que recibe los sábados en su seno. Un rabino preside la sinagoga, explica en ella la ley, y desempeña las funciones de sacerdote.

El monte Moriah se eleva al oriente de la ciudad, á su pié se extiende el valle de Josafat, y sobre él estuvo construido el gran templo de Salomon, que destruyeron los Caldeos y reedificaron sucesivamente Zorobabel y Heródes Ascalonita. Destruídos estos tambien, sobre el mismo lugar se edificó una iglesia destinada al culto de María, que allí habia sido consagrada á Dios, esta pereció tambien; y hoy vemos elevarse la mezquita de Omar, tan sagrada para los mahometanos como las de Meca y de Medina. Su aspecto es imponente, su elevada cúpula sostenida por columnas de mármol, domina todos los edificios del alrededor: construida en una extension de terreno semejante á una gran plaza, tanto esta como sus avenidas están cerradas perpetuamente para todo el que no sea creyente de Mahoma. Bajo sus bóvedas creen los mahometanos estar el lugar terrible donde Jacob vió en sueño misterioso subir los hombres de la tierra al cielo, así como la piedra sobre que derramó aceite é hizo promesas al Señor. Yo he rodeado muchas veces este vastísimo edificio, y me he preguntado: ¿Dónde están las víctimas y dónde los perfumes cuya fragancia penetró hasta el cielo; dónde los pontífices y los levitas que rociaban el pueblo, y dónde el altar teñido con la sangre de los animales? ¡Ah! nada se ve ya; la voz que inspiraba á los profetas gritó en Jerusalem: « Del templo no quedará piedra sobre piedra; » y mucho despues otra cuyo origen nadie supo. « ¡Ay del templo! ¡ay del templo, dijo, durante treinta días! » El templo pereció abrasado, y ni las piedras de sus fundamentos fueron encontradas mas; los que en él ofrecian víctimas lloran su ruina y su profanacion, mientras que impostores y adivinos engañan

donde fué el santuario de la Verdad eterna á tribus que vienen del desierto para adorar la piedra donde bajó Mahoma, cuando llegaba de la Arabia Feliz, despues de haber estado en el paraíso y tratado con Dios los negocios de su religion (H). Inmediata á esta mezquita se ve otra llamada de Ahá, edificada en el mismo sitio que contuvo el templo de la Virgen María, de que hicimos mencion ántes: algunos creen que allí era tambien la habitacion de Ana, la profetisa que saludó á Jesus en su presentacion.

Preguntad por el sitio de la fortaleza *Antonia* y por el Pretorio de los Romanos, preguntad por el soberbio palacio de los soberanos sacrificadores, por las régias moradas de tantos príncipes, retoño glorioso de los ilustres Macabeos; ni las piedras que vemos esparcidas nos darán cuenta de la suerte que corrieron esos soberbios edificios, porque no les pertenecen... nada existe. La piscina, cuyas aguas movia el ángel y donde obró Jesus la milagrosa curacion de un paralítico, la vemos llena de escombros y medio destruida ocupando la parte este del monte Moriah. Esta piscina, que el Evangelio llama de Betsáida y tenia la virtud prodigiosa de curar ciertos enfermos, parece haber sido construida por Salomon para que sirviese á los domésticos del templo, para lavar las víctimas que habian de ofrecerse en los sacrificios. Chateaubriand midió su largo de ciento cincuenta piés y su ancho de cuarenta; su profundidad es muy considerable, su material es de cal y piedra, así como su construccion es semejante tambien al de los otros estanques que se atribuyen á aquel príncipe. El monte Moriah, lleno de tantos edificios, de escombros y recuerdos, es como la historia monumental de mil acontecimientos grandes y prodigios admirables que refieren los templos dedicados á la gloria del Señor; pero hoy es un sitio de congoja para el alma que lo ve profanado por el culto de una religion que autoriza vicios que ofenden á la majestad del Dios que adoró Salomon, y fueron símbolo del Mesias prometido.

El barrio de los musulmanes rodea á la gran mezquita de Omar, y es el mas extenso de la poblacion, aun cuando el número de sus habitantes sea diminuto. Dos casas de *derswiches* se encuentran en su recinto, y una de ellas, donde se recogen los ciegos y enfermos de esta institucion, es precisamente el hospicio que fundó la virtuosa madre del Gran Constantino, para recibir á los peregrinos que llegaban á Jerusalem de todos los países cristianos. En este barrio se ven algunas mezquitas, todas ellas pobres y sucias, y pertenecen á diferentes sectas mahometanas que tienen creyentes en Jerusalem; algunas, ya ruinosas, no tardarán en caer, y sus escombros harán todavía mas dificultoso el tránsito de sus callejuelas.

Siguiendo la calle *Hâreth-el-Nussârah* se entra en el cuartel de los cristianos, donde tantos vestigios quedan aun de mil instituciones que agrupó el cristianismo en rededor del sepulcro de su Fundador. Los recuerdos de los caballeros de San Juan, de las abadías de diversos institutos monacales, de los hospitales de los cruzados y de los hospicios para peregrinos conmueven el corazon que los busca en vano. Al traves de callejuelas oscuras ó entre habitaciones solitarias se oirá el suspiro del peregrino armenio, que vino á pié desde el interior de Asia, y paga con dinero el albergue que le dan los sacerdotes de su comunión; se oirán tambien las lamentaciones de los Griegos, que ven explotado su bolsillo donde el Salvador del mundo mandaba hospedar los peregrinos; se encontrarán Etiopes, Sirios, Egipcios, Caldeos, hombres y mujeres, que andan por las calles buscando limosna de que vivir; pero no se hallará abierto ni un establecimiento en cuya puerta se lea la inscripcion que la madre de un emperador mandó poner en el suyo: *OMNIBUS PEREGRINIS SEPULCRUM DOMINI VISITANTIBUS.*

Ruinas y recuerdos de todas las edades salen al encuentro de la vista en cada sitio, como si quisieran detenerla para contemplar las desgracias que publican; ruinas y recuerdos

que dejaron los pueblos en un lugar por donde atravesaron todos durante seis mil años que abrazan las páginas de su historia; y ruinas y recuerdos que subsistirán agrupados cerca de una tumba que sirve de centro á todas las edades y á todos los sucesos de las generaciones humanas. ¡Ved ahí un misterio para mí escondido entre tantas ruinas! Este sitio que piso lo atravesaron las naciones mas famosas de la tierra, lo pisaron los Egipcios y los Medos, los Asirios y los Persas, los Griegos y los Romanos; Asia, África y Europa lo disputaron sucesivamente, y cuando una lo abandonó á su competidor victorioso, los secretos del Santuario fueron siempre el primer objeto que llamó la atención de este. Pompeyo y Alejandro, los guerreros mas célebres del mundo, cuyos ejércitos hicieron temblar los reyes y enmudecer la tierra, respetan su templo y ofrecen víctimas sobre su altar. Cuando el poder asombroso de aquellos pueblos se ha eclipsado, cuando de esas naciones que dieron leyes á todo el mundo no existe mas que la memoria, cuando el mismo templo donde inclinaron la frente y doblaron su rodilla aquellos conquistadores desapareció tambien, un sepulcro se elevó en el monte de los malhechores, frente á frente de aquel templo; y desde entónces las naciones que atraviesan el Asia, el África y la Europa no van á buscar el santuario ni el tabernáculo para ofrecer víctimas á Dios, sino que rodean esa tumba; y los reyes mezclados con su pueblo, los guerreros y sus soldados inmolan sobre él su corazon, lleno de amor y gratitud. Un Nuevo Mundo se descubre, y las nuevas generaciones que pueblan el Occidente vuelven su vista hácia esa tumba, y ofrecen para decorarla el oro y la plata de sus minas; de la misma manera que los reyes indios del Oriente ofrecieron en el antiguo templo sus inciensos y sus perfumes. Un Dios hecho hombre, Mesías y Redentor de los hombres, liga en esa tumba á todos los pueblos entre sí. *De Sion sale la ley, y en Jerusalem la voz de Dios enseña su palabra.* Jerusalem adquirió una nueva importancia, y maldita

de Dios, como lo fué, por haber dado muerte al Redentor que le anunciaron sus profetas, y cuya gloria simbolizó su templo, viene á ser todavía mas solemne y misteriosa reuniendo en su seno las maldiciones y las bendiciones, la justicia y la misericordia.

Nada debe pues admirarnos ver llegar á Jerusalem todos los cristianos, y cobijarse todas las comuniones en rededor de la tumba sagrada del Cristo, que dió al mundo su Evangelio como herencia. Los católicos fueron los primeros que se conquistaron un sitio, y sus sacerdotes jamas abandonaron los santuarios de Jerusalem, que regaron mil y mil veces con su sangre. El patriarcado de la ciudad santa fué restablecido en 1848 por el Sumo Pontífice Pio IX, consagrando él mismo al Doctor D. José Valerga por patriarca. He visto muchas veces la estrechez en que vive en medio del seminario que ha instituido para formar presbíteros indígenas, salidos de los Arabes y Beduinos, y que derramados entre estos serán sin duda sus apóstoles. Todo lo alcanzan el celo y la paciencia, y el patriarca Valerga manifestó mas de una vez estas virtudes.

Antes del restablecimiento del patriarcado, el custodio de la Tierra Santa y superior de los PP. Franciscanos era la primer autoridad católica que existia en Palestina. En el siglo trece, cuando las potencias cristianas se veían obligadas á abandonar el reino de Jerusalem, que conquistaran á fuerza de sacrificios y con el precio de innumerables vidas, S. Francisco de Asis desembarcaba en Tolemáida (1), y marchaba á Jerusalem para establecer en el Santo Sepulcro custodios mas fuertes é intrépidos que los caballeros, y mas durables que el reino de los cruzados. Estos custodios eran los humildes religiosos de su profesion, que instaló él mismo en Jerusalem y Tolemáida. En diversas ocasiones fueron muertos inhumanamente por diferentes tribus de Arabes, que robaron los monasterios, despues de matar á sus pacíficos moradores;

(1) Año de 1219.